

BREVE HISTORIA DE LA GESTAPO

Sharon Vilches



Colección: Breve Historia
www.brevehistoria.com

Título: *Breve historia de la Gestapo*

Autor: © Sharon Vilches

Director de la colección: Ernest Yassine Bendriss

Copyright de la presente edición: © 2016 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla, 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Elaboración de textos: Santos Rodríguez

Revisión y adaptación literaria: Teresa Escarpenter

Diseño y realización de cubierta: Onoff Imagen y comunicación

Imagen de portada: Montaje a partir del cartel *German SS Police Day* diseñado por Felix Albrecht.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN edición impresa: 978-84-9967-751-4

ISBN impresión bajo demanda: 978-84-9967-752-1

ISBN edición digital: 978-84-9967-753-8

Fecha de edición: Mayo 2016

Impreso en España

Imprime: Exce Consulting Group

Depósito legal: M-10137-2016

Lo que ha sucedido es un aviso. Olvidarlo es un delito.
Fue posible que todo eso sucediera y sigue siendo
posible que en cualquier momento vuelva a suceder.

Karl Theodor Jaspers

A todos aquellos que vieron y ven la luz en la oscuridad.
A mi familia y mis amigos, en especial,
a la inspiradora Julia, al protector Edu,
a la radiante María y a Nieves, mi piedra angular.

Índice

Capítulo 1. Construyendo el Tercer Reich	13
El peso de la historia	17
¿Qué es el nacionalsocialismo?	26
El ascenso imparable: de Weimar al Reich	36
Capítulo 2. El espíritu de la Gestapo: policía y política	45
Caza de brujas en Europa: el tiempo de la persecución política	48
Policía política e historia. Los antecedentes de la Gestapo	56
Ley y orden en el Tercer Reich	64

Capítulo 3. Los primeros años de la Gestapo	79
El germen de la Gestapo	82
La otra cara de la moneda: Himmler en Baviera, la lucha por la conquista del Reich	92
La unión. La Gestapo se instala en toda Alemania	96
Los cambios de Himmler: una nueva Gestapo	101
Capítulo 4. La Gestapo en guerra	109
El cambio del <i>status quo</i> europeo	113
La RSHA. La maquinaria perfecta	123
La oposición en guerra, nuevas preocupaciones de la Gestapo	137
Capítulo 5. La Gestapo contra Europa	153
Los planes de la Gestapo para Europa	156
Las nuevas técnicas de represión en el extranjero: esclavitud, confinamiento y muerte	168
La imposición de la Gestapo en Europa	181
La Gestapo en Europa occidental	191
Capítulo 6. Los caminos de la violencia	199
La imposición de la cultura política nazi: violencia y violencia política	204
La tela tras la araña: actitudes sociales ante la Gestapo	206
Las violencias de la Gestapo	222
Los hombres tras el abrigo negro	232

Capítulo 7. La Gestapo contra la humanidad	239
El sistema de campos	242
Planear un genocidio	252
Campos extranjeros y extranjeros en campos ...	262
Capítulo 8. La justicia y la historia	
contra la Gestapo	267
Los juicios de Núremberg	271
¿Qué fue de...?	276
La leyenda de la Gestapo	283
Bibliografía	287

1

Construyendo el Tercer Reich

Mañana muchos maldecirán mi nombre.

Adolf Hitler

A las 2:41 horas de la madrugada del 7 de mayo de 1945, se firmó el primer Acta de capitulación de la Alemania nazi en Reims, Francia, tras la victoria aliada en la Segunda Guerra Mundial. El Reich de los Mil Años llegaba a su devastador final, una vez más en el país galo. Atrás, quedó una Europa en ruinas deshecha por la guerra, la desolación y el caos. La Segunda Guerra Mundial fue la guerra con más capacidad destructiva de la historia, los especialistas cifran las víctimas en cincuenta y cinco millones de personas, treinta millones de heridos y alrededor de tres millones de desaparecidos. Alemania perdió en torno a tres millones y medio de personas como consecuencia directa de la propia guerra, a los que habría que añadir las propias víctimas del

nazismo cifradas en alrededor de doce millones de personas muertas o desaparecidas en cárceles, campos de trabajo, exterminio o de prisioneros durante toda la etapa nazi en Europa. La gesta del Reich contra todo aquél que no cumpliese el ideal del nacionalsocialismo llegó a su fin ese frío mayo de 1945. Miles de personas fueron liberadas de cárceles y campos, al paso de las tropas aliadas por los territorios ocupados por el *Führer* en Europa y en la misma Alemania. Desde julio de 1944, los soldados soviéticos liberaron a miles de personas de los campos de concentración o exterminio que encontraron a su paso en su avance por el oeste. En 1945, el año de la victoria aliada, soldados británicos, estadounidenses, canadienses o franceses fueron los encargados de dismantelar el aparato represivo que el régimen nazi había creado en Europa occidental. El mundo conoció entonces el horror. Los ejércitos Aliados iban acompañados a menudo de periodistas y fotógrafos que documentaron con estupor lo que encontraron. Los encargados de los campos de exterminio habían intentado borrar todo rastro de los asesinatos en masa sin éxito, como sucedió, por ejemplo, en el campo de Majdanek (Polonia) donde los soldados soviéticos encontraron la zona crematoria en llamas pero la cámara de gas intacta debido a la rapidez de la huida. Muchos de los internos no sobrevivieron tras la liberación, el tifus, la desnutrición o las continuas torturas impidieron que miles de personas pudiesen seguir viviendo, ni siquiera en libertad. Otros nunca se recuperaron de sus secuelas físicas o psicológicas, de lo que vieron, sufrieron en carne propia o en las de sus familiares, amigos, compañeros o conocidos.

Las atrocidades cometidas en el Tercer Reich resultan aún hoy difíciles de comprender: es complicado

imaginar, desde nuestra perspectiva, cómo un grupo de personas logró crear un aparato represivo que amenazó, torturó y asesinó en masa a multitud de seres humanos con el beneplácito del resto de la sociedad nacional e incluso internacional. Probablemente por ello, el estudio del Tercer Reich es uno de los temas que más interés ha suscitado entre los filósofos, sociólogos, historiadores u otros científicos sociales. A lo largo de los años, la historiografía se ha enfrentado a este período a través de diferentes perspectivas para intentar comprender el origen y desarrollo de la época más negra de la historia alemana y europea. Hasta la década de los sesenta, la lectura política dominó el estudio de esta etapa con el análisis del Estado alemán y sus instituciones como punto de partida para los historiadores. La aparente cohesión entre el Estado y sus instituciones, sustentado por una fuerte ideología que sometió a la población en bloque, tuvo primacía en las primeras investigaciones. Estas teorías sufrieron una especial crisis con el análisis micro histórico que puso de relieve la inexistencia, en múltiples ocasiones, de coherencia entre el Estado central y las administraciones locales. Con la apertura de los archivos sobre el nacionalsocialismo en los años sesenta, que obraban en poder de las potencias aliadas, el foco de estudio sobre esta temática se vio estimulado. Afloraron diversas hipótesis basadas en los orígenes sociales de la dictadura que sustentaron al Régimen, a través de intereses personales y colectivos, además de la irrupción de la historia social en el estudio del período nazi. Fue ésta última perspectiva la que dominó la escena historiográfica desde los años setenta. La historia social del Tercer Reich fue, y sigue siendo, una de las corrientes historiográficas más fructíferas e innovadoras de su tiempo, desechando viejos paradigmas como la cohesión estatal

alemana, y poniendo de manifiesto las debilidades de las instituciones creadas por el nazismo y la participación de la sociedad alemana en el aparato represivo del Reich. Estas teorías abrieron un gran campo de estudio que empezó a interesarse por diversas facetas de la Alemania hitleriana, sus aliados y detractores. El denominado Proyecto Baviera es el exponente directo de la historia social de los años setenta: creado en 1973, fue el punto de partida para investigar las actitudes de los alemanes frente a la dictadura, un campo que interesaba por igual a los científicos sociales y la sociedad alemana que anhelaba reconciliarse con su historia. Este proyecto advirtió que hubo diversas actitudes frente al nazismo que fueron desde el consentimiento hasta la resistencia, aunque esta fuese silenciosa y poco articulada. El estudio sobre la conducta de los alemanes frente al Régimen ha sido clave en los trabajos sobre el Tercer Reich y la comprensión de las atroces consecuencias que trajo su política.

Ya en la década de los noventa, hubo grandes avances en este campo con el auge de la historia cultural. Se puso de manifiesto la importancia del lenguaje o el simbolismo que utilizó el Régimen para ganarse las voluntades individuales de la población alemana. Uno de los puntos más interesantes, sobre todo para este libro, es la incidencia de los historiadores en el examen de los apoyos que recibieron instituciones como la Gestapo o las SS para la persecución de los enemigos del Régimen. Demostrando que la estructura policial y paramilitar fue escasa, se abrió la puerta al término «colaboracionismo». En definitiva, lo que argumentan estas teorías es que sin la ayuda de gran parte de la población el sistema de espionaje del Tercer Reich no pudo haber perseguido, enjuiciado y asesinado de la manera tan sistemática como lo hizo.

Este espacio de debate sobre la supuesta connivencia de la población con el Régimen ha sido la perspectiva preeminente durante las dos últimas décadas, dado su gran atractivo para la historiografía y la sociedad en general. Por ello, nuestro punto de partida comienza aquí. Una vez recopilada la información facilitada por los investigadores, debemos ir un paso más allá encaminando nuestra investigación hacia el sustento político cultural que facilitó que alemanes corrientes apoyaran de manera directa, como miembros de las instituciones alemanas, o indirecta, la represión brutal llevada a cabo por el nacionalismo y en concreto por la Gestapo.

Para hacer frente a esta empresa es fundamental hacer un repaso de lo que significó la construcción del Tercer Reich. La Gestapo u otras instituciones bebían directamente del contexto concreto en que surgió el nacionalsocialismo y los pilares básicos en los que se forjó. Por ello, en este primer capítulo ahondaremos en la historia alemana decimonónica, el contexto internacional donde surgió el nacionalsocialismo, la Europa de entreguerras, así como la creación del proyecto nazi desde su concepción hasta la toma del Estado. Sin un entendimiento integral de la historia alemana y concretamente del nacionalsocialismo, es imposible llegar a una comprensión de lo que significó en último término la Gestapo.

EL PESO DE LA HISTORIA

La historia alemana tuvo un gran peso en la construcción del Tercer Reich. Los errores y aciertos de los antepasados alemanes y europeos crearon el contexto adecuado donde germinó el nacionalsocialismo. Para

estudiar el régimen nazi, hay que ahondar en el pasado alemán reciente: la etapa Bismarck. Este período fue de vital importancia para Alemania porque reconfiguró las relaciones internacionales y nacionales conocidas hasta el momento, con Alemania en la cúspide. La figura de Bismarck, además, fue venerada a lo largo de los años como adalid de la hegemonía alemana en Europa y el mundo. Muchas de las instituciones y actuaciones de esta etapa fueron emuladas por el nacionalsocialismo como modelo de grandeza alemana. Si bien el peso del sistema bismarckiano es importante, el punto que estableció el camino seguido por el fascismo es la Primera Guerra Mundial. La Gran Guerra cambió la configuración del mundo: la violencia, la muerte, los movimientos de masas o la nueva tecnología penetraron en la sociedad cambiándola para siempre.

Un pueblo, un Reich, un caudillo

El término Reich, para los alemanes de principios del siglo xx, fue algo más que una palabra para hacer referencia a una etapa histórica. Para una gran parte de los germanos, el Reich significaba la sucesión natural del Imperio romano, invocaba al «Imperio de Dios en la Tierra», a la soberanía alemana del mundo occidental, al poder y, por encima de todo ello, a la unión de los germanos de Europa bajo unos preceptos de pueblo e imperio unidos, fuertes y dominantes de la esfera internacional. Estos ideales de grandeza nacional ahondaban sus raíces en la historia más remota pero tenían un modelo claro: el Segundo Reich de Bismarck —bautizado con este nombre en el período nazi—. La etapa dominada por el canciller Otto von Bismarck era un reflejo del inicio de una nueva Alemania que

debía resurgir. Bismarck fue la pieza central alemana y europea durante la segunda mitad del siglo XIX. Bajo su mandato, la Alemania decimonónica ocupó un papel central en la esfera política internacional, acompañado de grandes victorias militares que afianzaron su poder y engrandecieron su territorio y recursos económicos. Al mismo tiempo, el Canciller logró un estado fuerte que sometió a su jurisdicción a los disidentes, fuesen éstos liberales, socialistas, militares o de cualquier otra índole, ya que todos fueron señalados como enemigos internos del país. Bajo una actitud firme, Bismarck consiguió la unión efectiva de Alemania convirtiéndola en una nación unida, poderosa y estable, que no se doblegaba ante nada ni ante nadie. Él fue el impulsor del nacionalismo germánico moderno a través de la unión de los territorios alemanes bajo el mandato de Guillermo I, como monarca de todos los germanos. De la mano de grandes estrategias políticas y militares, consiguió ampliar el territorio alemán y a su vez mantener la paz entre las potencias europeas, a través de un particular sistema de alianzas. En un principio, este sistema, apodado sistema Bismarck, se creó para aislar a la recién vencida Francia de la esfera internacional. Más tarde, se consolidó como el garante de la paz en Europa durante más de veinte años.

Pero la época dorada de la Alemania reciente dejó un legado que ensombreció su historia en el siglo XX. Tras la caída del canciller, en 1890, el país en manos de Guillermo II continuaba su meteórica carrera imperialista, forjando su núcleo industrial y con un aparente halo de prosperidad y paz. Si bien, bajo la superficie, encontramos una nación unida bajo los preceptos nacionalistas románticos –de comunidad lingüística, cultural y étnica– más que unidos por un Estado centralizado. Las tensiones producidas



Imagen de Otto von Bismarck. La figura del canciller prusiano fue determinante en la época en la que vivió y en la memoria colectiva alemana y europea de los años siguientes. Su habilidad en las relaciones internacionales posicionó a Alemania en lo más alto de la política internacional de su tiempo.

por la industrialización y los conflictos en el espectro político del sistema bismarckiano empezaron a encontrar una salida natural a través del liberalismo, comunismo o nacionalismo, y sus variantes con tintes excluyentes y racistas, imperantes en la Europa de principios del siglo xx. El káiser Guillermo II, además, no continuó la política bismarckiana internacional del sistema de alianzas. El contexto internacional se había tornado demasiado conflictivo para que este sistema pudiese continuar y Alemania comenzó a quedar aislada del papel preponderante que había asumido años atrás. Entre tanto, las potencias siguieron enfrentándose entre sí, de manera indirecta en el período denominado como «paz armada» en zonas de África, Asia o los Balcanes. Las pugnas por el control de nuevas colonias y la expansión territorial imperialista, a finales del siglo xix, desembocaron en una carrera armamentística que amplió las tensiones entre los diferentes países. Los conflictos y los pactos hicieron que el inicio del siglo xx trajera consigo el fin de la relativa estabilidad europea. Las tensiones entre las potencias desembocaron en el mayor conflicto conocido hasta el momento, la Primera Guerra Mundial. En el año 1914 se forjó un punto de inflexión a nivel europeo y mundial: comenzó el tiempo de la violencia, el sello del nuevo siglo.

El punto de inflexión: la guerra que cambió el mundo

Una tarea tan ardua como la comprensión del período nazi no puede dejar de lado las circunstancias internacionales que se vivieron durante los años en que se gestó y asentó el Tercer Reich. Probablemente la Europa de la primera mitad del siglo xx fue el lugar

con mayor incidencia de la violencia política de la época. El conflicto imperó y se multiplicó durante años asolando el viejo continente. En este período de tiempo, el mundo experimentó la violencia de una manera inusitada y sus consecuencias nos persiguen aún hoy. Los cambios llegaron por diferentes caminos: la Gran Guerra cambió los parámetros tradicionales de conflicto. Hasta ese momento, las potencias enviaban a sus soldados a luchar mientras la población observaba desde la retaguardia. Uno de los cambios más significativos de la Primera Guerra Mundial fue el ataque a los recursos básicos de la retaguardia como un elemento más de la guerra, o dicho de otro modo, la sociedad civil se convirtió por primera vez en un objetivo más del enemigo. Ya no bastaba con aplastar un ejército contrario, sino que debían derrotar a la nación enemiga en conjunto. A todo ello se suma que la duración de la guerra fue mayor que la esperada. Las potencias preveían una batalla rápida pero la igualdad de fuerzas alargó el conflicto, mientras la muerte, la desolación y la pobreza arrasaba a combatientes y civiles.

El caos se apoderó de Europa. Los soldados comenzaron a perder la noción de contra quién o contra qué luchaban, mientras la muerte era determinante para todos. Los que luchaban no eran ya héroes sino proletarios que vivían entre ratas en las trincheras, como describió Hobsbawm, o un arma más de destrucción al igual que un fusil. A su vuelta no habría grandes honores, si no resentimiento, pobreza y caos. De todos los cambios, la mayor importancia recae en el factor de sus consecuencias. Los soldados eran masas de hombres, de caídos, como se representan en los homenajes a los «soldados desconocidos», y las sociedades comenzaron a acostumbrarse a la



Uno de los homenajes a los soldados desconocidos de la Primera Guerra Mundial. París, Francia. A las esculturas de grandes estrategias militares que se estilaban en los años anteriores, les sucedió este tipo de representaciones que intentaban plasmar la realidad de la nueva guerra. Los soldados sin nombre fueron la máxima expresión de la deshumanización de los combatientes que trajo la Gran Guerra.

muerte en masa y el exterminio. La violencia brutal penetró en las sociedades y las políticas europeas, con un saldo de unos nueve millones de muertos, siete millones de desaparecidos y prisioneros y más de veinte millones de heridos en la guerra. A estas cifras hay que sumar las casi ocho millones de vidas que se perdieron en la retaguardia, que sufrió continuos ataques, hambre, extrema pobreza y enfermedad. La guerra había cambiado para siempre y ya no se

trataba de una lucha entre soldados enemigos, sino que ahora el enemigo era cualquier ciudadano del país o región contra el que se luchase. Estos fueron los primeros pasos que dio Europa hacia la guerra total, la guerra donde la disidencia de cualquier índole, civil o militar, era hostil y por tanto debía ser tratado como un soldado enemigo.

El furor patriótico que vivió Alemania momentos antes del inicio de la Gran Guerra se vio truncado durante los años que se mantuvo. El pueblo alemán sufrió la guerra en su día a día y el descontento fue calando entre la población. Las protestas no se hicieron esperar creando un clima de inestabilidad interna durante todo el conflicto que enfrentó a las fuerzas políticas y sociales entre sí. El 29 de octubre de 1918 se desató en Alemania una revolución de corte socialista y pacifista, motivada por la victoria de la Revolución rusa, que forzó al káiser Guillermo a dimitir. Con el triunfo de la revuelta se pactó una derrota que no se iba a hacer esperar, pero para muchos alemanes, sobre todo excombatientes, la izquierda había «apuñalado por la espalda a Alemania». El descontento fue en aumento cuando se conocieron las imposiciones de los Tratados de Versalles para Alemania que ahondaron más en la crisis moral, política y social que estaba viviendo el país. A las pérdidas materiales y la gran deuda que dejó la reparación impuesta en Versalles, se le unió la pérdida de gran parte de su territorio, más de veintisiete millones de personas que formaban el Imperio alemán dejaron de formar parte de él, como la ciudad de Danzig que pasó a ser ciudad libre a merced del dominio de la Liga de Naciones Unidas, o los territorios ricos en materias primas como los territorios de Alsacia-Lorena, cedidas de nuevo a Francia. Alemania nunca podría unirse con Austria y se les prohibió

tener un ejército terrestre, armada y servicio militar, dejando el país a merced de cualquier potencia que quisiera atacarles. A todo ello se sumó la pérdida total de autonomía como Estado: el Imperio dejaba de ser tal para pasar a ser una democracia al estilo europeo, pero incluyendo una serie de restricciones de carácter económico, social, militar y de política exterior que les limitó ferozmente. El Imperio volvió a disolverse en París como lo hiciera Napoleón algo más de cien años atrás y la Alemania fuerte e imperante en Europa desapareció. En definitiva, la pérdida de la guerra trajo para Alemania unas consecuencias nunca jamás contempladas en otros conflictos, el país que dominó la escena política europea durante más de cincuenta años quedó en una crisis que iba más allá del sentido económico o político. Los soldados que volvían del frente fueron vapuleados y recibidos sin honores. Algunos grupos pacifistas, hartos de los desastres que provocaba la guerra, les insultaban e incluso escupían cuando volvían al país y la inestabilidad se apoderó de Alemania una vez más.

La posguerra no tuvo mejores augurios para el país germano. Esta etapa se considera en toda Europa como la búsqueda de consenso, a nivel nacional e internacional, que no llegó a imponerse sin las guerras que se produjeron en su seno. Los años veinte fueron definitorios para el Estado alemán con un imperio destruido, de nuevo, a manos francesas y con una democracia liberal impuesta, los alemanes comenzaron a mirar al futuro. La República de Weimar nunca llegó a alcanzar la soberanía que se esperó de ella, ya que partió con un escaso consenso mientras intentaba reconstruir un país en ruinas con una deuda millonaria por las sanciones impuestas en concepto de reparación de guerra, que dejaba un deficitario sistema económico.

A las dificultades, se sumó la nueva forma de movilización que estuvo sustentada por las masas que intentaban imponer su criterio a través de las manifestaciones multitudinarias. El auge del comunismo, socialismo, anarquismo y el fascismo como identidades colectivas excluyentes creó un clima de enfrentamientos entre facciones que pugnaban por el poder. Muertes, venganzas, manifestaciones encontradas, etc. se sucedían en las grandes ciudades de los países europeos al inicio de los violentos años treinta. Las identidades políticas colectivas comenzaron a considerar la violencia como una salida útil a una situación de peligro político, apoyadas en la idea de *cambiar el mundo a través de la violencia y la imposición*. Las revoluciones, golpes de Estado o revueltas violentas se sucedieron a lo largo y ancho del viejo continente creando un clima de inestabilidad político y social. La respuesta estatal fue a menudo incompleta y con mayor incidencia en Alemania donde la democracia se consideraba impuesta por el poder extranjero y careció de legitimidad ante su pueblo. Así, el fascismo y otras corrientes políticas comenzaron a ganar adeptos entre la población a pasos agigantados.

¿QUÉ ES EL NACIONALSOCIALISMO?

Joseph Goebbels respondió a esta premisa con la siguiente argumentación:

Es imposible interpretar de manera totalmente abarcadora, en un compendio temporalmente limitado, la esencialidad del Nacionalsocialismo, ya que se trata del examen de un Movimiento y de una Idea que con ímpetu dinámico irrumpieron

en la vida pública alemana, cambiando desde el fundamento todas las condiciones y relaciones de los seres humanos entre sí.

En parte, el ministro de Propaganda nazi tenía razón. Existen múltiples descripciones asociadas al nacionalsocialismo, en particular, o al fascismo de forma más general y a lo largo de los años se ha intentado aportar una visión completa de lo que significó en esencia una corriente tan compleja como la fascista.

El término «fascismo» deviene del latín *fascēs*, (‘haz’ o ‘manejo’, símbolo de autoridad en el Imperio romano). La traducción al italiano estaba asociada a términos como «sindicato», «unión» o «liga» y fue tomado por Benito Mussolini como nombre para su partido en 1919, Fasci Italiani de Combattimento (Liga Italiana de Veteranos de Combate). En el fascismo de principios del siglo xx existió una lucha contra la democracia liberal a la que veían como débil y causante de la decadencia que afrontaban sus países. Así mismo, despreciaban la constitución, el parlamento y los cauces normalmente democráticos. En su lugar, abogaban por un estado totalizador que abarcase todos los puntos de la sociedad a través de un líder o caudillo dominante que llevase las riendas de la nación a la grandiosidad. Una de las definiciones más completas es la desarrollada por Roger Griffin en su libro *The nature of fascism* (*La naturaleza del fascismo*), donde explica los regímenes de esta tipología, otorgando el término de «ultranacionalismo palingenético» a estos sistemas. La palin-genesia es un concepto político-filosófico asociado al ciclo vital de los seres vivos desde su nacimiento hasta la reencarnación, que según esta teoría se reproduce una y otra vez. De este modo, el fascismo y, en

concreto, el nazismo crearon una línea palingenésica con su pasado glorioso –en el caso del nacionalsocialismo con el Sacro Imperio Romano Germánico y el Segundo Reich, de Bismarck– como una encarnación del mismo actualizado. La gran peculiaridad de estos regímenes es que pretenden llegar a una reencarnación de su pasado romántico pero a través de elementos asociados a la modernidad como la propaganda, la nacionalización de las masas, industrialización o la dominación de los medios de comunicación. En definitiva, según Griffin, los fascismos intentaron romper con la sociedad en la que se encontraron para revivir un pasado glorioso que encaminase la nación hacia la cúspide a través de elementos modernos.

Otras definiciones ahondan en el proyecto totalizador del Estado y la sacralización de la política, como la propia concepción de Mussolini o la noción de patria por encima de cualquier concepto que esgrimió José Antonio Primo de Rivera. Pero, en general, se traduce en la creación de una revolución donde permanezcan los valores asociados al pueblo de pertenencia, que se sacralizarán hasta la extenuación incluyendo al propio caudillo, a través de un Estado total que articule y comande todas estas premisas. Como advirtió Mussolini, fuera del estado fascista no hay nada que se corresponda a los valores válidos ni a la patria, por tanto, no es reconocido por la nación. El auge del fascismo en Europa no quedó aislado a España, Italia o Alemania, si no que contó con representación en casi todos los países europeos, con rasgos muy similares y lazos estrechos entre sí. Resultó un proyecto único que abogaba por una sociedad completamente nueva, una suerte de «tercera vía» entre el capitalismo y el comunismo imperantes por línea del ultranacionalismo. Cada país concibió su futuro de manera diferente y

utilizó sus recursos para hacer frente a los problemas que el contexto nacional e internacional había reservado para cada nación. Y los de Alemania en esta época fueron graves y muy numerosos.

El proyecto nazi

En el caso de Alemania la doctrina fascista fue adecuada a través de las peculiaridades culturales, sociales e históricas del país, en la figura del nacionalsocialismo. La configuración de su ultranacionalismo, típico del fascismo, se encarnó en el pasado glorioso alemán, supeditado a un entramado cultural y político que estaba presente en Alemania y otros países europeos durante los siglos xix y xx. Si bien, este «tercer camino» no estaba predeterminado por un supuesto atraso alemán o asociado a condiciones determinantes que hicieran imparable el ascenso de una dictadura de este corte en Alemania. Más bien, el nacionalsocialismo recogió una serie de elementos culturales y políticos preexistentes y los moduló a su conveniencia para lograr unos objetivos sociales, políticos y culturales. Como hemos visto anteriormente, la etapa Bismarck creó en el inconsciente colectivo de los alemanes una sensación de vuelta a la grandeza nacional que tanto ansiaban. Por este motivo, la catástrofe en la Primera Guerra Mundial fue determinante para el nacimiento de este tipo de grupos cercanos al ultranacionalismo como vía de escape ante los grandes acontecimientos internacionales que asolaban a la población. Sin estos determinantes nacionales o internacionales, es posible que no hubiese existido el nazismo, pero a su vez los acontecimientos podían haber tomado un rumbo diferente si se hubiesen tomado otro tipo de decisiones

hasta la toma del poder de Hitler en Alemania en 1933. La creación del Tercer Reich partió de la regeneración nacional asociada a un conglomerado de teorías darwinistas sociales, seudosocialistas, declaraciones ultranacionalistas y de expansión nacional. Así mismo, el nacionalsocialismo llevó a cabo un proyecto totalizador para que su ideología, cultura y política gobernasen cualquier tipo de interacción social. Para ello, se valieron de un mecanismo fortísimo de propaganda y coerción social, incluso antes de llegar al poder a través de su brazo paramilitar las *Sturmabteilung* (SA). Su concepto de nación estaba asociado al concepto romántico alemán cuya principal característica era romper con la exaltación de la razón abstracta que habían creado los franceses en la época de los enciclopedistas. Estaban en contra de la pretensión de romper el reloj de la historia –como se había intentado hacer en la etapa de la Revolución francesa– potenciando ante todo el peso que tiene que tener siempre la tradición, la costumbre y la historia de un país.

Toda esta argumentación partía de ciertos principios que ya plantearon Herder y Fichte cuando teorizaban sobre los pueblos y sus particularidades diferenciadoras. Herder afirmaba que cada pueblo o nación tenía su propio genio o espíritu. Se denominaría al genio del pueblo *Volkgeist*, término derivado de la palabra «pueblo» o «gente» en alemán (*Volk*). Este genio tendría su razón de existir, no en los derechos individuales de las personas como en la democracia, sino en factores de la vida colectiva, en la lengua común de un determinado grupo, en el folclore, en la etnia y las costumbres particulares de cada país. Las instituciones políticas que debiera tener un país vendrían derivadas de las peculiaridades de la historia

de dicho país y posiblemente no servirán para otro porque emergen de la propia nación. La nación, en términos románticos, es un ser vivo que está por encima de los individuos, es la que determina todo, incluso, se podrá dar el caso de que la nación aglutine a un individuo al margen de su propia voluntad. El concepto *Volk* fue explotado por el nazismo como base fundamental de su ideología. La nueva comunidad pasaría a llamarse *Volksgemeinschaft* o ‘Comunidad del pueblo’ a modo de agrupación racial o de sangre que estaba por encima de cualquier otro elemento de cohesión—ya fuese la clase social, la religión o el estado—y cuya voluntad estaba por encima de los derechos individuales. Además, esta comunidad debería gozar de unos privilegios sociales encauzados por la vía de seudosocialismo, a base de explotar económicamente a los extranjeros que se estaban aprovechando de los frutos del *Volk*. A partir de estas teorías de comunidad de sangre, se recogen dos elementos fundamentales del nacionalsocialismo: la unión de las comunidades germanas, ya que respondían al *Volksgemeinschaft*, y la creación de un proyecto biopolítico a través de la exclusión de las personas que no pertenecían a esta comunidad.

La nación excluyente

Las sociedades de principios del siglo xx tenían un concepto distinto al actual sobre la igualdad de todos los seres humanos. El avance científico del siglo xix en campos como la biología, la medicina, la psicología o la evolución llevó a las sociedades una visión nueva sobre el ser humano y la sociedad en clave de desigualdad. En la segunda mitad del siglo xix diferentes teorías racistas o asociadas al darwinismo social fueron calando entre la

población. La colonización de parte de África y Asia y la interacción con sus habitantes otorgaron peso a estas percepciones de desigualdad y de superioridad de los colonos-conquistadores. El darwinismo social es una hipótesis acuñada por Herbert Spencer que aplicaba la teoría evolutiva de Darwin a parámetros sociales. De este modo, el ser humano estaría dividido en diferentes *razas*, siendo la raza blanca superior a las demás por su nivel de adaptación al medio. Cada raza estaría supeditada a unos rasgos físicos y psicológicos que marcarían su nivel de inteligencia, su altura o su gusto por el arte o la música, por poner algunos ejemplos. Por tanto, la raza blanca debía ser la superviviente y hegemónica en el mundo, desechando a los individuos menos aptos.

Estas teorías estaban presentes en la sociedad del siglo xx y, por supuesto, en el nacionalsocialismo. Para Hitler y los suyos la raza blanca tenía un exponente fundamental: los arios. La raza aria fue, según los preceptos acuñados en el siglo xix, una comunidad de conquistadores que se extendió desde la India hasta Europa exportando su cultura y su lengua. Si bien, en el siglo xix no existió ninguna prueba de la existencia de este supuesto pueblo si no que fue una hipótesis que intentaba responder a las similitudes que se encontraban entre las lenguas de oriente y Europa, sobre todo eslavas y germánicas. El nazismo comienza en los años veinte una meteórica carrera por demostrar que ese pueblo guerrero y de creadores son ascendientes de los germanos, como lo habían intentado antes los ingleses o los irlandeses. Esta vez, el entusiasmo de Hitler posibilitó esta creencia: se asimilaron los rasgos que pudieron tener los arios —altos, fuertes, de ojos azules y rubios— con los alemanes y su supuesta facilidad para el arte y la creación. Además, se intentó otorgar una línea temporal entre este supuesto pueblo

indoeuropeo y el Reich, a través de la supuesta simbología –como la esvástica– o la mitología –ocultismo, resurgimiento de la tribu, etc.–. Para los alemanes la raza aria se correspondía con la germanidad, que llegaría a través de los pueblos vikingos, bárbaros, suevos o alanos claros descendientes de los arios, según la teoría nazi.

El judío fue en el Tercer Reich la antítesis al hombre ario. Todos los supuestos rasgos asociados a la raza judía chocaban con la sociedad que planteaba el nacionalsocialismo. El sentimiento antisemita proviene de la tradición cristiana que les acusa del magnicidio del mesías, Jesús. A lo largo de la historia, los judíos han estado perseguidos, excluidos o marcados en los diferentes países europeos donde se asentaron. A finales del siglo XIX, surgió un nuevo antisemitismo asociado a elementos laicos relacionados con estereotipos de maldad y dominación mundial, que serían intrínsecos a su naturaleza predeterminada por la raza a la que pertenecía. Así, los judíos estarían intentando gobernar el mundo a través de la dominación capitalista y mercantilista. Estas afirmaciones se fundamentan en ensayos como *Los protocolos de los sabios de Sión*, una falsificación muy popular durante la primera mitad del siglo XX, donde se culpaba a los judíos de las revoluciones, las guerras o los desastres. Los «protocolos» eran supuestas medidas conspiratorias que estaban llevando a cabo los judíos para engañar al resto de comunidades y hacerse con el control mundial efectivo. Aunque en 1920 se descubrió su autoría por parte de la Ojrana (policía secreta zarista), el libro siguió siendo famoso en círculos antisemitas construyendo una imagen distorsionada de los judíos.



Extracto de *Los protocolos de los sabios de Sión*. A través de este texto se justificaron los pogromos contra los judíos que se sucedieron en Rusia desde principios del siglo xx. En una coyuntura de crisis social, política y económica como la que se vivió en la Rusia zarista, las teorías conspirativas asociadas a los judíos calaron en todas las esferas sociales. Aunque se supo de la falsedad del escrito, incluso hoy día siguen circulando entre ciertos sectores de carácter antisemita.

El nacionalsocialismo fue heredero directo de estas teorías que utilizó para crear su nación o comunidad excluyente de aquellos que no formaban parte de la raza aria. Para mantener la pureza de la raza,

aquella que les llevaría al punto más alto de evolución, tuvo que desechar a millones de personas. Así, el darwinismo social fue algo más que un proyecto político, se convirtió en una forma de visión del mundo. A través de esta teoría se dio paso a la biología política y a la biología social, ambas políticas de corte positivista, que buscaban aplicar los medios científicos en las sociedades para que éstas evolucionasen de una manera más pura. La consecuencia lógica del darwinismo social fue la eugenesia. La eugenesia es la mejora biológica de los individuos, tomando una serie de medidas encauzadas a la «desaparición» o «extinción» de los menos aptos que empobrecen la raza, como un acto preventivo, a través de la esterilización o la búsqueda de la extinción.

Las características físicas o genéticas fueron determinantes, ya que consideran que los males sociales vendrían dados por individuos indeseables que podían ser identificados por sus rasgos faciales, e incluso su olor. La eugenesia, por su parte, es una fórmula para la protección de la raza una vez ésta se encuentra infectada, según las teorías darwinistas sociales. Cuando la raza se encuentra en peligro dado el número de agentes indeseables que se encuentran en ella, la única salida es la expulsión, discriminación y por último la exterminación.

Estos presupuestos eran populares en los países europeos durante los siglos XIX y XX. Cuando Hitler desempolvó las teorías raciales, éstas no eran nuevas para la sociedad, sino que formaban parte de algunos círculos culturales de los pueblos europeos y aún no habían acabado de desaparecer por completo. La revitalización de estos supuestos sirvió al Régimen para justificar los ataques discriminatorios, racistas o antisemitas que llevó a cabo para mantener a salvo la raza aria. Estos ataques no sólo fueron encaminados

hacía la supuesta raza judía u otras supuestas razas también clasificadas como indeseables, como los romaníes, sino que le sirvió para perseguir a otros grupos que alteraban la raza, como los discapacitados, los homosexuales, los testigos de Jehová o los clasificados como antisociales. Dentro de este último grupo tenían cabida multitud de perfiles: cualquier persona que no mostrase la adhesión al nazismo o tuviese ideas contrarias al mismo podía estar dentro de este grupo. La importancia de la raza, la sangre y la comunidad fue la piedra de toque en el Tercer Reich. La defensa de la raza aria y de la comunidad *Volk* fue prioritario para el Régimen. Del mismo modo, estas teorías sustentaron la discriminación, encarcelamiento e incluso la exterminación de millones de personas que no se ajustaron al ideal político que defendió el nacionalsocialismo y por tanto, estuvieron en su punto de mira. Todos ellos formaron parte del enemigo, un concepto que mezcló parámetros reales con imaginarios, supeditados a la idea de que el contrario es aquel que no compartió sus ideales básicos, fueran estos culturales, políticos, morales o sociales.

EL ASCENSO IMPARABLE: DE WEIMAR AL REICH

Los orígenes del Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán (Nationalsozialistische Deutsche Arbeiter Partei [NSDAP]), el Partido Nazi, se sitúan en Múnich en la posguerra de la Primera Guerra Mundial. En 1919, Anton Drexler junto con Gottfried Feder, Karl Harrer, Hermann Esser, Alfred Rosenberg y Dietrich Eckart fundaron el Partido Obrero Alemán (Deutsche Arbeiterpartei [DAP]). Su ideología se basó en teorías ultranacionalistas, etnicistas, pangermanistas y



Adolf Hitler nació el 20 de abril de 1889 en Austria y desde su juventud asimiló teorías pangermanistas que florecieron a principios de siglo en determinados círculos sociales. Con el inicio de la Primera Guerra Mundial, se ofreció como voluntario para luchar en el ejército alemán y consiguió ser admitido en el contingente bávaro. Permaneció en el ejército hasta 1920.

antisemitas. Este movimiento no fue nuevo sino que tuvo sus raíces en los partidos u organizaciones surgidos en Alemania de posguerra con tintes discriminatorios de corriente ultranacionalista excluyente, que buscaban suprimir la multiétnicidad que había caracterizado al Imperio alemán. Pretendieron, además, la unión de todos los germanos que estaban extendidos por Europa central en un sólo país, ya que la desintegración del Sacro Imperio Romano Germánico había diseminado a los germanos por varios puntos de la geografía europea, sobre todo en Austria.

En los primeros años, sus reuniones eran poco multitudinarias y el partido contaba con unos sesenta miembros, pero pocos meses después un joven excombatiente austriaco, Adolf Hitler, se integró en él cambiándolo por completo. La irrupción de Hitler en el seno del movimiento varió significativamente la situación, por su gran sentido de la oratoria y la maestría que demostró al usar la demagogia. En febrero de 1920, se concentró en Munich al grueso de los afiliados y se formalizaron sus objetivos a través del manifiesto del Programa de los 25 puntos escritos por Drexler y Hitler, que incluyó propuestas pangermanistas: «la unión de todos los alemanes para constituir una gran Alemania»; de higiene racial: «debemos evitar la inmigración no alemana»; de ruptura con lo acordado por Versalles; o de corte seudosocialista y anticapitalista. Momentos después, el partido fue renombrado como Partido Nacional Socialista Alemán de los Trabajadores (Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei [NSDAP]).

En 1923, el Partido junto con su brazo paramilitar intentaron un golpe de Estado, el *putsch* de la cerveza en Múnich, mediante el cual pretendieron llegar al poder en Alemania, para que el gobierno dejase de



Insignia del NSDAP. La esvástica que se representa en la insignia es una cruz con los brazos doblados en ángulo recto que gira a la derecha. Sus orígenes se encuentran en las culturas protoindoeuropeas que solían representar el poder del sol. El nacionalsocialismo lo toma como símbolo de la antigua tradición aria, aunque en ese momento se representaba mayormente en la India.

pagar la deuda de reparación de guerra a Francia. El golpe fracasó estrepitosamente y el NSDAP fue ilegalizado y sus dirigentes encarcelados bajo pena de alta traición. Durante su confinamiento, Hitler escribió su libro *Mein Kampf* (*Mi lucha*) en el que plasmó todo su ideario político. El 20 de diciembre de 1924, se produjo la excarcelación de todos los implicados en

el *putsch* en una mala maniobra del sistema Weimar de condonar la deuda a todos los presos políticos. El partido, ahora en manos de los hermanos Otto y Gregor Strasser y de Erich Ludendorff, adscritos al ala izquierdista, se encontraba en sus horas más bajas. Con la libertad de Hitler, este, henchido de poder y seguridad, batió a sus enemigos en el partido quedándose como mandatario único. Un año después, en 1926, aplicó el principio del *Führerprinzip* ('principio del líder') que supuso que toda la autoridad quedaba delegada de arriba abajo. Con este sistema, que se trasladaría después al régimen político nazi, Hitler consiguió el poder efectivo de todos los cuadros del partido dejándoles sin opción a réplica. Su maniobra le situó como líder único e indiscutible y su criterio se impuso al de cualquier otro.

Aunque la estrategia de Hitler en la década de los veinte era efectiva, la andadura general del NSDAP en las elecciones parlamentarias había sido prácticamente catastrófica hasta el crack de la Bolsa de 1929. En las elecciones de mayo de 1928 contaban con doce diputados en el Reichstag, con el 2,6 % de los votos, mientras que en las de septiembre de 1930, los nazis obtuvieron 6,4 millones de votos, 107 escaños, siendo el segundo partido más votado en Alemania. El sentimiento de inestabilidad económica y política que sufrió la República de Weimar, aún no afianzada por completo, explica este cambio en la conducta de los votantes. El NSDAP contaba en ese momento con más de cien mil afiliados y muchas simpatías entre los agricultores y pequeños comerciantes que veían su economía resentida y se dejaban seducir por la propaganda demagógica que les ofrecía el partido de la mano de Joseph Goebbels. Los elementos de prosperidad y estabilidad que prometían Hitler y los suyos

otorgaban confianza tanto a pequeños comerciantes como a grandes inversores que financiaban al partido y a su brazo paramilitar, las SA. A partir de este momento el ascenso del Partido Nazi fue imparable. Mientras el sistema de Weimar se colapsaba –en 1932 había en Alemania un tercio de la población en paro, además de una gran crisis política y social que se plasmaba en la calle a base de violencia, revueltas y manifestaciones– el nacionalsocialismo iba ganando adeptos. El 31 de julio de 1932, el NSDAP ganó las elecciones obteniendo 13,7 millones de votos, pero, aun así, no tenía suficientes apoyos para hacerse con el control efectivo del Parlamento y Franz von Papen siguió en el poder por elección del presidente Paul von Hindenburg. La presión política a partir de esta victoria fue inusitada: la coerción social a manos de las SA fue hábilmente asociada a la violencia comunista y los partidos de ultraderecha, vapuleados, vieron cómo sus votantes comenzaron a apoyar a Hitler de manera rotunda. El sistema Weimar y la sociedad alemana eran una olla a presión a punto de estallar.

En vista de los acontecimientos, el presidente Von Hindenburg decidió entregar a Hitler la Cancillería para que formase gobierno con Von Papen como vicepresidente, como medida de control al Partido Nazi. El momento había llegado, Hitler fue nombrado canciller de Alemania el 30 de enero de 1933. El NSDAP en el gobierno era imparable pero aún no contaban con mayoría suficiente para lograr sus objetivos ni con fuerzas de asalto eficaces contra la República como para saltarse sus normas. Sólo unos meses después, el 27 de febrero de 1933, los servicios secretos nazis idearon el incendio del Reichstag perpetrado por las SA, las SS y la Gestapo pero enmascarado como un intento de los comunistas



El incendio del Reichstag el 27 de febrero de 1933 por las fuerzas nazis. El incendio, fruto de la conspiración nazi, fue un punto de inflexión en el Estado alemán. La amenaza de la llegada del comunismo posibilitó que Hitler amalgamara gran poder en aras de la defensa de la supuesta democracia.

para destruir el poder político alemán. Valiéndose del temor a una revolución comunista, Hitler convenció a Von Hindenburg de la conveniencia de constituir el estado de excepción. Con esta maniobra, el Partido Nazi tuvo el poder suficiente para crear los primeros campos de concentración donde internó a la disidencia comunista, socialista o pacifista, cifrándose los detenidos en más de cuarenta y cinco mil personas.

El camino hacia la jefatura del Estado estaba cada vez más cerca. Con Alemania en estado de excepción la inestabilidad era cada vez más sonora. Finalmente, Hitler consiguió que el anciano Hindenburg convocase elecciones el 5 de marzo de 1933. El objetivo del austriaco fue claro: conseguir la mayoría absoluta y dominar el Parlamento sin la mirada constante de Von Papen. La campaña electoralista del partido fue brutal, en ella Hitler aseguró que no dejaría el poder aun con la pérdida de las elecciones, además prometió eliminar a los socialistas y reavivar el ejército. Aún con un clima tan inestable, el NSDAP no consiguió sus objetivos, quedando relegado a pactar con las fuerzas conservadoras pero consiguió sacar adelante la Ley «para aliviar las penurias del pueblo y del Reich» o ley habilitante mediante la cual Hitler tomaba el poder legislativo por un período de cuatro años. El 1 de abril de 1933 se legislaron las primeras medidas contra los judíos y en abril se reorganizó la fuerza de la policía política a sus órdenes, la Gestapo. El 2 de agosto de 1934, el presidente Hindenburg falleció y Hitler asumió el cargo de Jefe de Estado y comandante de las fuerzas armadas. Alemania había caído ante el nacionalsocialismo y Hitler llevó su proyecto político a término a través del *Gleichschaltung* ('coordinación'). La coordinación supuso la absorción del Estado y la sociedad por parte del Partido Nazi: eliminando a la disidencia, estableciendo la dictadura

2

El espíritu de la Gestapo: policía y política

La libertad es un lujo que no todos pueden permitirse.

Otto von Bismarck

Con Hitler a la cabeza de la Cancillería alemana, el 26 de abril de 1933 se crea la Geheime Staatspolizei (Policía Secreta del Estado), a través de la estructura de la Policía Política Prusiana que operó en Alemania desde mediados del siglo XIX. Conocida por su acrónimo, Gestapo, la Geheime Staatspolizei fue uno de los instrumentos represivos más importantes creados en el Tercer Reich. Entre sus principales actividades estaban la investigación y represión contra cualquier tendencia peligrosa para el Estado, es decir, cualquier sabotaje, conspiración o traición debía ser investigada y eliminada. Su misión reportó grandes beneficios al Régimen y, pronto, se le otorgó un mayor poder que



Acta de creación de la Gestapo el 26 de abril de 1933.
La firma tachada pertenece a Hitler que la firmó primero aunque las leyes de Alemania estipulaban que era el ministro Hermann Göring quien debía hacerlo. No se redactó de nuevo.

la situó por encima del Estado, las instituciones e incluso el propio Partido Nazi.

En el inconsciente colectivo, la Gestapo reza como la maquinaria más perfecta utilizada por un gobierno para preservar el orden y vigilar a su población. La organización fue sinónimo de omnipresencia y sólo pronunciar su nombre inspiraba terror entre la población, alemana y europea, de la época. Bajo su mirada, la ciudadanía debió ser cautelosa con sus opiniones, actos o incluso, amistades. Incluso hoy día, la Gestapo, es símbolo de coerción, control y terrorismo de Estado como la encargada de llevar a cabo el control permanente de la población en el Tercer Reich, uno de los estados más violentos del mundo. No obstante, Alemania no fue la única que contó con una policía política que fiscalizó las



Retrato del rey Federico Guillermo IV de Prusia. Durante su reinado, cedió el poder a Otto von Bismarck derribando las intentonas liberales de la Revolución de 1848.

3

Los primeros años de la Gestapo

Mientras [la Gestapo] lleve adelante el deseo de los líderes,
está actuando legalmente.

Dr. Werner Best
Jurista del nacionalsocialismo

El 23 de junio de 1933 el gobierno nazi de Alemania promulgó la ley que anulaba todas las condenas existentes —unos cuarenta mil procesos abiertos— contra los nacionalsocialistas en la etapa de la República de Weimar. Esta ley incluyó la puesta en libertad directa de cualquier inculpado por esta causa, la destrucción de sus expedientes y la depuración de cualquier responsabilidad. Cientos de aliados del nacionalsocialismo salieron a la calle y miles de ellos limpiaron su nombre de cualquier sospecha de delito, incluyendo varios de sus líderes. Comenzó así una nueva etapa jurídica para Alemania: la ley era la ley nazi.



Himmler y Göring el 20 de abril de 1934. La fugaz amistad entre estos dos personajes resultó muy beneficiosa para el Régimen ya que posibilitó la caída de las SA, que intentaban modificar las bases fundamentales del Reich a su antojo.



Himmler y Heydrich. Estos dos personajes fueron la clave para llevar a cabo los planes del Régimen en materia de policía política. Ambos ostentaron mayor poder que el mismísimo *Führer*.

4

La Gestapo en guerra

Os dieron a elegir entre el deshonor y la guerra...
Elegisteis el deshonor y tendréis la guerra.

Winston Churchill a Arthur Neville Chamberlain
en 1939

Durante el verano de 1939, el Reich comenzó a preparar una nueva ofensiva contra Europa: la invasión de Polonia. Ya en marzo de este año, había comenzado la conquista del resto de Checoslovaquia, incumpliendo los Acuerdos de Múnich firmados en 1938. La idea de la conquista del *Großdeutschland* o Gran Alemania avanzaba a pasos agigantados. Con la invasión de Polonia, se desató una nueva guerra en Europa, que en poco tiempo, a través de alianzas estratégicas, llegó a todo el globo. La batalla más cruenta, la guerra más estudiada de la historia mundial y una de las mayores masacres humanas daba sus primeros pasos: la Segunda Guerra Mundial había comenzado.



Protocolo adicional secreto firmado por Alemania y la Unión Soviética mediante el cual se acordaba la invasión de Polonia y el reparto de zonas de influencia en Europa oriental.

en un primer momento. Las dos grandes potencias militares del mundo se habían unido para satisfacer sus tendencias imperialistas dejando al margen a los demás países e incluso sus diferencias más notables. Sólo quedaba dar el paso y la Gestapo estuvo en primera línea.

La Operación *Reichsführer*

Para la invasión de Polonia se puso en marcha la apodada como Operación *Reichsführer* u Operación Himmler. Sólo un hombre de extrema confianza de Hitler podría llevar a cabo una misión que dejase en buen lugar el nombre de Alemania en esta nueva agresión a

5

La Gestapo contra Europa

Sí, es Europa, desde el Atlántico hasta los Urales,
es toda Europa, la que decidirá el destino del mundo.

Charles de Gaulle

Durante la campaña contra la Unión Soviética el Reichsführer, Himmler, acompañó a las tropas invasoras en su camino para supervisar el trabajo que realizaban los Einsatzgruppen, grupos de «limpieza» étnica, política y social comandados por la Gestapo, que avanzaban junto al Ejército alemán y aseguraban la retaguardia funcionando como escuadrones de la muerte. Himmler, deseoso de observar el trabajo de campo, concertó con el Obergruppenführer y ayudante, Karl Wolf, la visita a un fusilamiento cerca de Minsk, capital de la actual Bielorrusia, a mediados de agosto de 1941. Al parecer, los miembros del escuadrón organizaron un grupo de unas ochenta



Himmler durante su visita a Minsk en agosto de 1941.

El Reichsführer deseaba conocer de primera mano los escuadrones de la muerte que estaban arrasando las vidas de miles de ciudadanos del este europeo.

patente para Himmler desde el momento que visitó Minsk en agosto de 1941. Él, un hombre teórico y que ya había sufrido otros episodios similares, como en España cuando vio una corrida de toros en Las Ventas, empatizó con sus hombres de inmediato. Para conseguir que los planes siguieran adelante, había que liberar a las fuerzas de asalto de la presión que suponía disparar una y otra vez a personas de cualquier edad y condición. Para ello, pidió a Arthur Nebe que buscara métodos más humanos –para los asesinos, no para los asesinados– a la hora de llevar a cabo la política de limpieza de los Einsatzgruppen y todos los cuerpos de seguridad que fuesen a tener esta misión. Paradójicamente esta petición se



Großdeutschland. En 1937, fecha de la imagen, se proyectó este mapa de territorios susceptibles a anexión por los nazis al considerarlos plenamente arios.

región que se pensaba invadir u obligar a colaborar, pero existieron unas tónicas generales que la Gestapo, con la ayuda inestimable del SD y la cierta parte de la población autóctona, siguió en toda Europa. En los países ocupados, la Gestapo envió a hombres alemanes de confianza para dirigir a los nuevos súbditos de Hitler en la creación de réplicas de la organización

6

Los caminos de la violencia

Violencia es el uso deliberado de la fuerza o el poder, ya sea en grado de amenaza o efectivo, contra uno mismo, otra persona o un grupo o comunidad, que cause o tenga muchas probabilidades de causar lesiones, muerte, daños psicológicos, trastornos del desarrollo o privaciones.

Informe mundial sobre la violencia y la salud
Organización Mundial de la Salud, Ginebra, 2002

Como hemos repasado en los capítulos anteriores, el nacionalsocialismo se impuso en toda Alemania y Europa como un movimiento que pretendió totalizar con su ideología la vida pública y privada de todos los ciudadanos bajo su control. La gestión de la sociedad, vigilada por su brazo armado, la Gestapo, fue una confluencia de propaganda y represión contra todas aquellas actuaciones que no concordaban con

7

La Gestapo contra la humanidad

¡No somos judíos, no somos judíos!

Gritos de los niños supervivientes de Auschwitz a
la entrada del Ejército Rojo el 27 de enero de 1945.
Testimonio de Anatoly Shapiro, oficial de la Unión
Soviética al *New York Daily News*

El 27 de enero de 1945 las tropas soviéticas consiguieron alcanzar el campo de concentración y exterminio de Auschwitz II-Birkenau, en Polonia. El complejo de Auschwitz estaba compuesto por la zona primera, creada en 1940, para albergar a los presos del Ejército polaco que lucharon contra la invasión nazi, a los que pronto siguieron presos políticos, homosexuales, gitanos, resistentes, judíos y el largo etcétera de grupos marcados por el nacionalsocialismo como enemigos. Muchos de ellos, sobre todo de minorías



Víctimas en un campo de concentración de la Gestapo, Lager Nordhausen (1945). Las víctimas de este campo anexo a Buchenwald, Dora, murieron a consecuencia de uno de los bombardeos británicos en la ciudad. Dora funcionaba como un campo de «desbordamiento» que acogía a los enfermos, inútiles o inadaptados del campo principal.

prisión Welzheim, por ejemplo, estaba a tan sólo treinta kilómetros de Stuttgart y en una zona de frecuente turismo rural, la pequeña ciudad de Welzheim. Es más que probable que los habitantes de ambas ciudades conocieran el centro y pudieran incluso escuchar los gritos cuando la Gestapo infringía sus brutales torturas.

Los campos de exterminio

Pocos pudieron salir de un campo de concentración cuando atravesaban sus puertas pero hubo algunos casos en los que el reo pudo volver a reunirse con sus familiares y amigos. Pero al inicio de la Segunda

8

La justicia y la historia contra la Gestapo

En la medida en que realmente pueda llegarse a «superar»
el pasado, esa superación consistiría
en narrar lo que sucedió.

Hannah Arendt

El 30 de abril de 1945, Hitler se suicidó junto a su reciente esposa, Eva Braun, en su búnker bajo Berlín. Desde enero de ese año, estaba recluido en el subsuelo de la capital, desde donde dirigía todas las operaciones bélicas de los últimos coletazos de la Segunda Guerra Mundial. A finales de abril, el *Führer* tuvo el convencimiento de que el conflicto no iba a ser favorable para Alemania y enloqueció, sobre todo al conocer que Himmler había intentado negociar la paz a sus espaldas. Lleno de ira, decidió no seguir la misma suerte que Mussolini, muerto a manos de los partisanos, y planeó su suicidio. A las 15:30



Banquillo de los acusados en el juicio principal de Núremberg. Delante se encuentra Göring.

Finalmente se dieron por concluidas las pesquisas para encontrar a Hitler, acogiendo la idea del suicidio como la más concluyente. Las penas para doce de ellos fue la horca, programada para el 16 de octubre de 1946, mientras que los restantes cumplieron pena de prisión. Sólo tres quedaron absueltos: Von Papen, Schacht y Fritzsche. Kaltenbrunner, último jefe de la RSHA, fue ahorcado en la fecha convenida, pero Göring se suicidó horas antes de la ejecución con una cápsula de cianuro.

En cuanto a los juicios seguidos por el Tribunal Militar estadounidense, se juzgó la labor de los Einsatzgruppen, en el noveno juicio de seguimiento. De los



Eichmann durante su juicio en Jerusalén. El miembro de la Gestapo alegó que sólo seguía órdenes de sus superiores y que no tuvo ninguna responsabilidad en la muerte de millones de personas.

Latina. Entre ellos, Paul Maria Hafner, el tirolés que fue carcelero en Buchenwald y Dachau y que vivió en Madrid desde 1950 a 2010, año de su muerte.

Además de la huida, existieron otros lugares en los que destacados nazis o miembros de la Gestapo o el SD encontraron refugio. La política de tensiones entre los países Aliados, sobre todo entre Estados Unidos y la Unión Soviética desembocaron en la

Bibliografía

ALY, Götz. *Hitlers Volksstaat. Raub, Rassenkrieg und nationaler Sozialismus*. Fráncfort: Fischer Verlag, 2005.

ANDREW, Christopher. *The Defence of the Realm: The Authorised History of MI5*. Londres: Allen Lane, 2009.

ARENDT, Hannah. *On violence*. Nueva York: Hartcourt, 1970.

ARÓSTEGUI, Julio. «Violencia, sociedad y política: la definición de violencia». En: Aróstegui, Julio (ed.). *Violencia y política en España-Ayer*, n.º 13. Madrid: Marcial Pons, 1994.

BEEVOR, Anthony. *The Second World War*. Londres: Weidenfeld & Nicolson, 2012.